



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13410

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 plás.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIÉRCOLES 1.º DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Política extranjera

Inglaterra y Rusia

Sir Campbell Bannerman, presidente del Consejo de ministros de Inglaterra, ha dado un palmetazo de padre y muy mejor mío al Zar de todas las Rusias, que todavía están sometidas á su poder absoluto y cual si divino.

La Duma, como todo el mundo sabe, ha sido disuelta arbitraria y cruelmente; y cuando el Gobierno ruso empezaba á regocijarse por su resolución de quitarse ese estorbo de enmedio, el primer ministro de Inglaterra en la Conferencia interparlamentaria de Westminster exclama á pleno pulmón: ¡La Duma ha muerto! ¡Viva la Duma!

¿Qué habrá dicho el ministro plenipotenciario de Rusia en Londres al escuchar tan espontáneo grito? Porque no hay que dudar respecto al alcance de ese apóstrofe de sir Campbell-Bannerman.

Claro es que Rusia tiene el derecho de gobernarse como se le antoje, ya soportando la autocracia ya simpatizando con los constitucionales, pero de cualquier modo cuál es la situación del representante ruso en Inglaterra ante tan inequívoca muestra de consideración al régimen parlamentario, muerto airadamente en Rusia por el tirano imperial?

Inglaterra, nación libre y en donde las instituciones parlamentarias son verdaderamente fundamentales, ha sido la primera que de un modo solemne, público y en cierta manera oficial, ha formulado una protesta en regla contra la disolución del parlamento ruso; ¿tendrá imitadores en conducta de la libertad Inglaterra?

Francia, que va á la cabeza de las naciones amantes del derecho y de la libertad; que acaba de dar un hermoso ejemplo de amor á la justicia, colocando sobre el pecho del atropellado Dreyfus, las insignias de la Legión de honor, ¿no ha dicho todavía nada, de un

modo concreto y definido ante la arbitrariedad del Zar.

Todas las otras naciones callan, y si bien se sabe que en ellas ha producido el más deplorable efecto la disolución de la Duma, no han expresado de un modo ostensible su desaprobación por ese acto de indiscutible gravedad.

Téngase presente que ese asunto al parecer grave, puede llegar á ser transcendental. ¿Es que no se piensa en que el Japón acaricia la idea de atacar nuevamente á Rusia, antes de que ésta pueda reponerse de sus pasados quebrantos en la última campaña?

La actitud de Inglaterra ¿no puede resultar fatal para el imperio ruso? Si estalla una nueva guerra entre Rusia y el Japón ¿no es lógico pensar y creer que la nación británica, no ya por sus compromisos con el Japón, sino por antipatía á la autocracia rusa, incline la balanza en favor del país nipón?

Todo esto, enlazado con el interés europeo en el continente asiático ¿no puede tener derivaciones graves para las naciones occidentales? Rusia no ha meditado bien su situación por todo extremo delicada y crítica, y alerrándose al absolutismo, se incapacita por completo para merecer no ya el auxilio moral, pero ni siquiera la comisericordia de los pueblos que ardiendo culto á la libertad y á la justicia constituyen la vanguardia de la civilización.

La autocracia rusa merece sobradamente la protesta inglesa. Sir Campbell Bannerman ha tenido la fortuna de sintetizar en una frase los sentimientos del mundo civilizado acerca del tirano del Czar.

Habría sido mejor que todas las naciones en que el derecho impera como suprema ley del Estado, hubiesen podido ayudar á Rusia á resolver sus conflictos interiores, aminorando el efecto de sus desastres, pero no se puede ir contra el torrente de la verdad, y Rusia al disolver la Duma se ha puesto de hecho fuera de las conveniencias, no ya de sus propios intereses, sino de los de todas las naciones del mundo.

Antología de poetas modernos

Evocación

Por Emilio Carrere.

La niña doliente evoca en el clave un canto olvidado de cadencia grave, entre la penumbra del viejo salón: la amable abuelita, que aún vive soñando, un grato suceso quizás recordando sonriente escucha la antigua canción.

Un rayo de luna se quiebra en la reja, turba el grave encanto de la calle vieja, el distante y loco rumor de un festín; envuelta en las sombras cruza vacilante la triste silueta de un músico errante que rima sus penas en su violín.

La lenta sonata muere en el teclado de marfil antiguo del clave pausado, el postter acorde se aleja veloz; un perfume viejo vaga en el ambiente, parece un instante sonar gravemente, de lejanas vidas la apagada voz.

En alegre noche, de verbena, en el perfumado aire tibio, suena de cantos y risas lejano rumor. La niña sonríe, la anciana medita: la niña suspira—Cuéntame, abuelita, cuéntame una dulce leyenda de amor.

La abuela solloza—Las dulces amores pasados, se truecan en vivos dolores si el alma nostálgica quiere recordar. ¡Ay dulces memorias de pasados días! ¿Por qué, al evocaros viejas alegrías, mi pobre alma siente ganas de llorar?

¡Noches de verbena, noches deslumbrantes, bellos madrigales, sonrisas galantes, dulces discretos de ingenio sutil! Los enamorados cubrían de rosas sus capas tendidas porque las hermosas, al pasar, bordasen su planta gentil.

¿A dónde habéis ido?... Rejas entornadas, cubiertas de flores, novias desveladas al halago cándido de alguna ilusión... Luz de una mirada que nunca se olvida. ¡Juventud! lejana quimera florida... ¡Ya todo ha pasado!... ¡Pobre corazón!

Se apagó el nostálgico acento doliente, con dulce tristeza flota en el ambiente el vago fantasma de la evocación;

la breve caricia de pálida mano, arranca del alma sonora del piano los lentos acordes de antigua canción.

Emilio Carrere.

ECOS NAVALES

Los buques modernos

El Almirantazgo inglés acaba de hacer públicos algunos datos que hasta la fecha se ocultaban como secretos respecto de la construcción del acorazado «Dreadnought» y de otros buques que están en astillero.

El «Dreadnought» cuesta 1.678.777 libras esterlinas sin incluir el valor del armamento.

El precio se había calculado en 1.684.297 libras, y el de los cañones en 118.200 libras.

El buque está armado de 10 cañones de 12 pulgadas, 27 de 6 pulgadas contra los torpederos y 5 tubos lanzatorpedos.

De los cañones de 12 pulgadas, 8 podrán tirar simultáneamente por un solo costado, y 6 al mismo tiempo por proa ó popa.

La proa del «Dreadnought» constituye el más alto bordo conocido, ó sea 28 pies sobre el mar, á fin de asegurar buenas condiciones de marcha.

Los constructores han puesto especial empeño en proteger al acorazado contra los ataques submarinos.

La velocidad indicada del acorazado será de 21 nudos.

Podrá conducir 2700 toneladas de carbón, con las cuales recorrerá la distancia de 5800 millas á velocidad económica; marchando á 18 1/2 nudos podrá hacer 3500 millas.

El crucero acorazado «Invencible», que se está construyendo en Elswick, costará 1.736.645 libras esterlinas. Su eslora será de 530 pies y el desplazamiento 17.250 toneladas, ó sea 650 toneladas menos que el «Dreadnought». Su armamento es aún desconocido.

El «Inflexible» y el «Indomptable», que se construyen en Clydebank y Fairfield Clyde, tienen las mismas dimensiones que el «Invencible», y costarán, respectivamente, 1726990 libras y 1.730.733.

Estos tres cruceros serán botados en el curso de 1908-09.

HISTORIA AMENA

La evasión de una reina

Desde los tiempos de Francisco I hasta la caída de Napoleón, es la historia de Francia la más novelesca de las historias.

Tarea difícil, casi imposible, es la de separar lo que en ella hay de real y de imaginario durante tan largo período; á veces, páginas novelescas nos parecen verdídicas; otras, vemos páginas históricas que tienen toda la apariencia de productos de la imaginación de un Dumas...

Así, de una obra recientemente publicada por el vizconde de Noailles, extractamos el relato de una curiosa aventura, tal vez medio historia, medio novela, pero siempre interesante la fuga de su prisión de la reina María de Médicis, madre de Luis XIII, cuyas relaciones y luchas con el Cardenal Richelieu han dado asunto á muchas crónicas.

Después del asesinato del mariscal de Ancre, María de Médicis cayó en desgracia.

Por acuerdo del rey fué encerrada en su cuarto; á pesar de sus reclamaciones, Luis XIII negóse á verla, y poco después, el 3 de Mayo de 1617, la hizo trasladar al castillo de Blois.

Luis XIII había ordenado que se la recibiese con todos los honores, respeto y obediencia á su categoría debidos; pero tal orden no pasó de ser pura fórmula, pues una vez en Blois, María de Médicis fué una verdadera prisionera.

Se le impuso, como consejero, al señor de Roissy, con la misión de que espíase todas sus acciones: prohibiósele salir á la calle; se limitaron sus paseos á los jardines del castillo; de día en día la prisión se estrechó más. No tardó María de Médicis en pensar en la evasión.

El abate Ruccelai, hombre atrevido é impudente—dice Richelieu—hasta el punto de que negarle dos veces la entrada en un sitio no le impedía presentarse por tercera vez, fué el encargado de prepararla.

Rápidamente formó un plan; corrió á Seán á someterlo á la aprobación

—¿Cómo está la mañana? —le pregunté.

—Mala, mi amor; quiere llover.

—Buena. Voto á la montaña y di á José que no me espere hoy.

Cuando abrí la ventana me arrepentí de haber enviado al negro, quien silbando y tarareando bambucos iba á internarse en la primera mancha del bosque.

Soplaban de la sierra un viento frío y destemplado que sacudía los ramos y mecía los sauces, desviando en su vuelo á una que otra pareja de loros viajeros. Todas las aves, hijo del huracán en las mañanas alegres, callaban, y solamente los peñales revoloteaban en los prados vecinos, saludando con su canto al triste día de invierno.

En breve las montañas desaparecieron bajo el velo ceniciento de una lluvia nutrida, que dejaba oír ya su creciente rumor al acercarse azotando los bosques. A la media hora, turbios y estrepitosos arroyos descendían peinando los peñales de las laderas del otro lado del río; el cual acrecentado, tronaba iracundo y se divisaba en las lejanas rocas amarillentas, desbordado y unido.

Diez días se habían pasado desde que tuvo lugar aquella penosa contienda. No sintiéndome capaz de cumplir los deseos de mi padre sobre la nueva especie de trato que, según él, debía yo usar con María, y preocupado dolorosamente con la propuesta de matrimonio hecha por Carlos, había buscado toda clase de pretextos para alejarme de la casa. Pasé aquellos días ya encerrado en mi cuarto, ya en la posesión de José, las más veces vagando á pie por los alrededores. Llevaba por compañero en mis paseos algún libro en que no acertaba á poder leer, mi escopeta, que nunca disparaba, y á Mayo, que me regaba fatigado.

Mientras dominado yo por una honda melancolía dejaba correr algunas horas oculto en los sitios más agrestes, él procuraba en vano dormitar enroscado sobre la hojarasca de donde lo desalojaban las hormigas ó lo hacían saltar impacientado los tábanos y zancudos. Cuando el viejo

—Eres muy injusto, y te arrepentirás de haberlo sido. María, por dignidad y por deber, sabiéndose dominar mejor que tú, oculta lo mucho que tu conducta le está haciendo sufrir. Me cuesta trabajo creer lo que veo: me asombra oír lo que acabas de decir. Yo, que creí darte una grande alegría y remediarlo todo haciéndote saber lo que Mayn nos dijo ayer al despedirse.

—Diga usted, dígame, —le supliqué incorporándome.

—¿Para qué ya?

—Ella no será siempre... no será siempre mi hermana?

—Tarde piensas así. ¿O es que prede un hombre ser caballero y hacer lo que tú haces? No, no; eso no debe hacerlo un hijo mío. ¡Tu hermano! ¡Y te olvidas de que lo estás diciendo á quien te conoce más que tú misma! ¡Tu hermana, y sé que te ama desde que os dormía á ambos sobre mis rodillas! ¿Y es ahora cuando lo crees? ahora que venía á hablarte de eso, saustada por el sufrimiento que la pobrecita trata inútilmente de ocultarme.

—Yo no quiero, ni un instante, darle motivo á usted para su disgusto como el que me deja conocer. Dígame qué debo hacer para remediarlo que ha encontrado usted reprochable en mi conducta.